

cos comida; precio y gasto que ni resiente la decencia social, ni ocasiona quiebra á un presupuesto módico, ni se opone á los preceptos higiénicos, ni ofende la gastritis, ni produce querellas de parte de los órganos estomacales, como no sean órganos de estómago epulon.

Nosotros fuimos el primer día á uno de los de esta clase en *Palais Royal*. Ó los franceses cuando comen no ven mas que la vianda, ó deben estar muy acostumbrados á ver gente embaucada, una vez que no repararon en la actitud de estupefacción que tomó Tirabeque al entrar en aquel salon sin paredes, como él decia, por estar todas cubiertas de magníficos espejos, sin dejar mas espacio que el que ocupaban las columnas doradas que median entre uno y otro. — Señor, me decia, este comedor no tiene fin: yo veo lo ménos tres mil personas, y todavía no se divisa el remate. — Calla, simple, le dije: ¿no conoces que eso consiste en la multiplicacion de los objetos que se verifica por la refraccion de la luz en los espejos? Pues para eso no se necesitan grandes conocimientos de óptica. Por lo demas no es mas que un salon regular, y las personas que hay en él no pasarán de 200.

Sentámonos á una de las pocas mesas que habia vacantes, y en el momento se nos presentó un *garzon* preguntando: «¿quel *potage* désirez-vous Messieurs?» — ¿Cómo es eso de *potage*? replicó Tirabeque: pues qué, ¿se come aquí de viérnes? — No, hombre, le respondí yo; *potage* llaman aquí á la sopa. — Pues señor, bueno irá ello cuando empiezan cambiando los nombres de las viandas. ¿Y qué sé yo qué casta de sopas tienen estos hombres? — Mira, ese librito que ves sobre cada mesa forrado en tafete contiene el catálogo de artículos que se encuentran en el establecimiento: ábrele, y elige de entre ellos la sopa, y los cuatro ó cinco platos que se dan, aquellos que sean mas de tu gusto.

Abrió Tirabeque *la carte*, que así se llama el tal prontuario, y empezó á leer: «*Potages: au riz, au vermicelle, aux choux, à la julienne, à la condé....* — Señor, quédeme yo sin probar bocado si conozco una sola de estas sopas: que traigan esta *juliana*, que por mala que sea no me disgusta su nombre. — *Julienne, garzon.* — *Bien, Monsieur, bien.* — Ahora, Pelegrin, ves pensando en lo demas que has de pedir. — Señor, aquí veo en los *HORS-D'ŒUVRE, beurre et radis, artichaux, andouillette à la purée, saucisses à la choucroute....* y aquí en las ENTRADAS encuentro *gigot braisé au jus....* Señor, *gigote abrasando*, que lo coman ellos, los muy judíos: toma, toma! mire Vd. lo que hay aquí entre los ENTREMESSES: *asperges à*

la sauce et à l'huile; asperges en petit pois; efectivamente, mi amo, que no se armarán malos entremeses en la comida si andan los *asperges*. — Pero necio, si *asperges* son espárragos. — Vaya, vaya, mi amo, mejor será que pida Vd., porque si no me temo mucho que hagamos una de lego bárbaro.

Así tuve que hacerlo. Á cada plato que pedia respondia infaliblemente el *garzon* con el mayor agasajo y coquetería: «*bien, Monsieur, bien.*» Cada plato que nos llevaba era seguido de un «*le voilà, Messieurs,*» pronunciado con acento de satisfaccion y de servicialismo, como quien dice: «vean Vds. como les he complacido.» — ¿No te encanta, Pelegrin, le dacia yo á mi lego, la dulce amabilidad, la obsequiosidad mimosa de estos garzones comparada con el árido despego y el brusco «*quítate allá*» de los sirvientes españoles? — Señor, malo es aquello, me contestaba, porque los de allá en lugar de atraer como el iman, despiden como el erizo, pero la de estos es ya una lagotería, una zalamería que me revienta un poco.

Como unas ochenta mesas ocupadas por triple número de concurrentes habria en el salon. Esto en España supondria una animacion y bullicio capaz de producir una cefalalgia horrorosa. En Francia no se oye mas ruido que el de la vajilla y alguna otra conversacion casi á *sotto voce*. Los españoles cuando vamos á comer, especialmente en establecimientos públicos, vamos tambien á hablar, vamos á gozar y á bromear con los amigos: los franceses cuando van á comer van á comer; llenan su objeto y se marchan. Contribuye tambien mucho á esto la prohibicion de fumar en los *restaurants*, que, es el postre mas grato de las reuniones de confianza.

Concurren á comer á los restauradores lo mismo hombres que señoras; y familias enteras establecidas y vecindadas asisten diariamente á comer al restaurador. Desde las cuatro y media de la tarde hasta las siete es un incesante relevo de concurrentes; y puede muy bien calcularse que el número de los que comen diariamente en Paris en los *restauradores* no baja de *cuatrocientas mil* personas.

Palais Royal.

Regularmente el primer punto de Paris que visita el extranjero recién llegado es el *Palais Royal*, del cual apenas habrá español que sepa leer que ó no haya oido hablar ó no le haya visto escrito, pero que al propio tiempo apenas tiene idea de lo que es sino el

que ha tenido la proporción de verle por sus ojos y pasearle con sus plantas.

El *Palacio Real* era un antiguo palacio edificado por el cardenal de Richelieu, el cual le cedió en su testamento al Rey Luis XIII. Luis XIV que había fijado en él su residencia, lo cedió posteriormente á Felipe de Orleans, su hermano, desde cuya época ha sido siempre propiedad de los duques de Orleans, y por consiguiente lo es hoy de la familia de Luis Felipe. En tiempo de la república le dieron el nombre de *Palacio de la Igualdad* y palacio del *Tribunato*. En 1778 se hallaba el duque de Orleans poco mas ó ménos tan lucido como se halla hoy la nación española, es decir, tan sobrado de deudas como escaso de recursos; en tan apuradilla situación el hermano de Madama *Genlis*, autora de *Las Veladas de la Quinta*, y aya que fué de Luis Felipe (que Dios guarde tantos años como merecen las simpatías que con él nos estrechan), le aconsejó que construyese una manzana de magnificas casas al rededor del jardín de su palacio con objeto de beneficiar su producto. Así lo hizo, y resultó unida al palacio una soberbia finca la mas productiva del mundo. En la parte de palacio fué donde hizo su primera mansion temporal la reina Cristina de España cuando se nos largó renunciando la Regencia, amostazada de que la nación se empeñase en querer lo que ella no quería.

Pero lo admirable de *Palais Royal* no es el palacio propiamente dicho, aunque ostentoso y acaso el mas regular de Paris. Lo admirable es lo que no es palacio, y pertenece, digámoslo así, al público. Cuatro galerías de piedra de doscientas arcadas alumbradas de noche con otros tantos mecheros de gas forman un paralelogramo prolongado cuyos lados tienen un cuarto de legua de longitud. Hállase comprendido en las arcadas un jardín de 817 piés de largo por 350 de ancho, adornado de calles de tilos; en el medio una fuente con un surtidor de canastillo; y á los lados dos elegantes pabellones de verde césped. Detras de estas cuatro galerías está otra galería llamada *la galerie vitrée*, por estar toda cubierta de cristales, ancha, espaciosa, magnífica, que con frecuencia sirve de *rendez-vous* ó punto de cita para los forasteros y aun para los mismos parisiens. Y todas cinco galerías, lo mismo que el jardín, sirven de paseo á una inmensa afluencia de gentes que de día y de noche llenan aquel magnífico recinto.

El lujo de las tiendas que las decoran todo en derredor excede á lo que la pluma puede describir, y con razon se aplica á *Palais Royal* el nombre mas grandioso que pudiera discurrirse, llámán-

dole antonomásticamente *la capitale de Paris*. Es una ciudad pequeña y de lujo embutida en el corazón de otra ciudad grande. Confinado á *Palais Royal* el mas caprichoso potentado con prohibición de salir de aquel recinto, pudiera decir que habitaba la cárcel mas deliciosa del mundo, y difícilmente alcanzaria á inventar la imaginación mas fecunda y apetitosa del desterrado género alguno de capricho que no pudiera satisfacer sin salir de su dorada prision. Si su gusto se pronunciaba por los artefactos de oro, plata y pedrería, menester fuera, por rico que se le suponga al prisionero, que llamara en su auxilio á los ciudadanos Creso y Pluto para que le ayudaran á agotar aquellas tiendas-almacenes. Si su capricho se declaraba por las imitaciones de aquellos preciosos metales, allí tenia donde surtirle á placer de todo lo mas prodigioso, y de mas gusto y elegancia á que han podido llegar los adelantos de la industria en la capital mas inventiva del orbe en este género. Si le daba por ser hombre de modas, y de afeites, y remilgos, y por apurar los recursos de la filocomia y la compsiología, las modistas, y los comerciantes, y los peluqueros, y los cosmetistas de casa se le agruparian en torno y le harian ver que ni él ni su familia y dependencia de ambos sexos, aunque fueran mas que los de Egipto, eran bastantes á agotar sus repuestos, ni los recursos de su creación. Si queria sastres, la dificultad estaria en saber á quién dar la preferencia; y si gustaba proveerse de ropas trabajadas, docenas de judíos de una y otra galería le confundirian con piezas de cuantas especies podria desear.

Si por el contrario, le dominaba la afición á la lectura, librerías y gabinetes tenia en que escoger: si era aficionado á discusiones sábias é instructivas, allí tenia sociedades científicas y literarias donde poder saciar su filosófica inclinación. Si era gastrónomo, todo el día de Dios podia andarse de restaurador en restaurador, y aun le faltaria tiempo para recorrerlos todos y buche donde almacenar, de lo ordinario ó de lo exquisito, lo que mas le placiera; y si el cuerpo le pedia alternar entre las bebidas heladas y las espirituosas, entre cafés y tiendas de ultramarinos, tenia para ello la mas hermosa proporción. Si gustaba de pasear á cubierto, nada mas á propósito que la galería de cristal; si en paseo de medio abrigo, allí están las galerías arcadas; si disfrutando de jardín, nada mas fácil; y si quiera gozar del aire libre y sin estorbos, no tenia sino salir al hermoso terraplen adornado de jarros y de flores que descansa sobre una bella columnata del atrio de honor.

¿Era acaso aficionado á teatros? Pues bien, se le consultaría el género que mas le agradara. Si era el trágico ó el cómico sublime, solo le costaba bajar unas escaleras, y metiéndose en el *Teatro Frances* tendría el gusto de ver á *Mademoiselle Rachel* ejecutar los *Horacios*, ó á *Mademoiselle Maxime* hacer la *Phedra*, ó á *Mademoiselle Plessy* representar *Un matrimonio en tiempo de Luis XV*, y nada podría quedarle que desear. ¿Quería cosa mas alegre? Poco le costaba ir al otro extremo y entrar en el teatro llamado de *Palais Royal*, y veria á *Tousses* hacer *La sœur de Jocrisse*, ó el vaudeville de *Judith y Holofernes á Derval*. ¿Tenia niños y quería divertirlos? Pues bien, al otro lado está el teatro de *Seraphin*, y se divertirían á su placer los angelitos con las figuras de movimiento y las sombras chinescas, y es seguro que no se acordarian de dar una molestia á su mamá. Y si por último quisiese satisfacer un capricho extravagante, debajo de una galería está el *Teatro de los ciegos*, entre aquel subterráneo, y verá salir al *hombre salvaje* á repiquetear los timbales vestido de indio, oirá las habilidades de un ventrílocuo, hallará una mozueta estropeando lastimosamente el papel de María Teresa de Austria, y disfrutará de una orquesta compuesta de ocho ciegos que no hay mas que oír, y ya lo quisieran ellos ver.

Últimamente, si mas caprichos tuviera el ilustre desterrado que supongo, mas podría satisfacer sin salir del *Palais Royal*. Tirabeque se me encantaba cada vez que le llevaba allí: andaba de tienda en tienda con la boca abierta; y no sé qué aire innegable de españolismo era el que llevaba siempre, que mas de una vez, sin que él hubiera desplegado la boca, se le acercó uno de aquellos judíos roperos preguntándole: « Señor, ¿quiere osté comprarme una livita bien hecha? » Franqueza que á él no le acomodaba mucho, y le ponía á pique de alterar la tranquilidad de *Palais Royal*.

Los boulevards.

« ¡ Pero hombre, y aquellos BOULEVARDS ! » — He aquí una exclamacion de ordenanza cada vez que rueda la conversacion sobre las bellezas de Paris. — ¿ Y qué son los *boulevards*? He aquí la pregunta que sigue infaliblemente á aquella admiracion, si hay en el corro alguno que no haya visitado la capital de Francia. La pregunta es sencilla, la respuesta no lo es tanto.

Pero en fin, figúrese el lector una anchísima calle semicircular colocada casi en el centro de la poblacion: de una legua de longi-

tud, que, no habrá ménos espacio desde el templo de la Magdalena hasta la plaza de la Bastilla; poblada de altísimas casas, adornada de corpulentos árboles en sus dos orillas, si bien muchos de ellos fueron víctimas en la revolucion de Julio (sin duda porque los franceses en su revolucionaria sagacidad descubrieron que eran enemigos de la Carta), y no se han vuelto á reponer; cuyas hileras dividen la calzada del medio (por donde pudieran marchar desahogadamente seis coches á la par) de las aceras de los lados (*trottoirs*), anchas como de seis ú ocho varas, y hechas no de baldosa como las de España, sino de asfalto, especie de betun sólido y negruzco, que se derretiria con los calores del estío en las regiones meridionales, pero que allí resiste bien al calor y constituye un pavimento mas igual, mas suave y mas cómodo que el de nuestros embaldosados. Imagínese una calle por cuyo centro giran en movimiento continuo centenares de carruajes, amen de otros centenares que yacen en quietud esperando quien los ajuste á la hora, ó por carreras, para partir con la velocidad del rayo. Figúrese que está viendo discurrir á todas las horas del dia y de la noche por sus anchas aceras de betun dos hormigueros de gente que se disputan dos palmos de terreno donde ir colocando los ambulativos para poder marchar culebreando, sin que por eso se pueda evitar los continuados roces y refregones. Supóngase que está viendo dos paredes de cristales de 5,500 metros de extension, que tal semeja la cristalería apenas interrumpida de las tiendas mas lujosas y mas elegantes del mundo, dispuestas con tal arte, con tan delicada coquetería, con tan refinado y mimoso estudio para lisonjear el gusto, (*flatter*) para robar la atención y captar la curiosidad y arrebatarse las miradas, que el indiferente como el curioso, el experimentado como el sencillo, no hay nadie que no se sienta atraído como por un imán, como por el influjo oculto de una sirena.

Y á fe que no es broma esto de las sirenas, pues detras de los cristales de cada puerta, bien sea de café ó de restaurador, bien de almacén ó de tienda, bien de modista ó de relojería, bien de bastonero ó de fabricante de calzado, esté seguro el transeunte que atisbará una ó muchas sirenas, que vestidas con estudiada sencillez y ataviadas con modesto aliño, ostentan sus gracias detras de un mostrador, y reservan otras para cuando se abre la portezuela de cristal. ¡ Guay del Ulises que llegue á traspasar aquellos umbrales sin taparse con cera los oídos! ¡ Pobre del Telémaco que se acerque incauto á aquellas Calipsos sin un Mentor

que le agarre de un brazo y le eche á la calle cuando empiece á sentirse encantado! Sin embargo, no se crea que los encantos de las ninfas de mostrador se dirigen á otro blanco que al bolsillo del individuo : en cuanto á este, téngase por cierto que el ciudadano que entre en una tienda y logre sacarle íntegro, merece la patente de héroe : excusado le es alegar que no ha llevado ánimo de comprar un artículo sino solamente de informarse de su existencia : la sirena le convencerá muy melodiosamente de que es una equivocacion que padece, y le dará tales razones, que el hombre se creará obligado á no marcharse sin el artículo ; en vano objetará que no es el género de su gusto ; con dulces argumentos le hará ver la sirena que lo es, y tanto que parece hecho por encargo suyo particular : si achaca no llevar dinero, se le hará creer que lo lleva, ó que no debe llevarlo, puesto que no lo necesita para disponer de todo el almacén : si insinúa parecerle caro, llegará á persuadirse que debe dar un *plus* sobre lo pedido, para evitar la pérdida que sufre Madama por su excesiva amabilidad para con él : tal cosa le será presentada que desechará desde luego por inútil y supérfluo, pero esté cierto de que no saldrá á la calle sin un convencimiento íntimo de que ha adquirido el dije de mas absoluta necesidad para la vida, y harán creer á un militar que no puede ser buen guerrero sin un canesú de señora, y á un escritor de crónicas antiguas que no podrá dar una plumada sin llevarse unas tijeritas de bordar. Muchas veces acaece salir un prójimo de una tienda encantada felicitándose de no haber caído en la tentacion, y al regresar á su domicilio se encuentra con *Mademoiselle* que le espera con un envoltorio de los artículos á que mas pareció inclinarse : todos los habia comprado sin saberlo. Si son pañuelos de la mano, se los llevarán hechos, porque han previsto que un hombre y extranjero ademas, no tendrá fácilmente quien le haga los dobladillos : si es papel, se lo entregarán timbrado con sus iniciales, sin aumentar por eso el precio de la mercancía. Se necesita ser un Neron del país para dar una repulsa á tanta fineza : un español prefiere con conocimiento sufrir estos dulces y artificiosos ataques de bolsillo, á desmentir en ninguna ocasion la galantería española.

Reconozco el ardid, lo siento, y pago.

No se entrará en un comercio sin que apénas llegado le suplique una graciosa beldad que se tome la molestia de sentarse, ni se saldrá de un almacén sin que un atento dependiente le acompañe

hasta la puerta y le despida obsequioso. Si la entereza y la heroicidad llegá á tal punto que absolutamente no se haga mercado, le dirán con la mayor amabilidad : « siento en el alma no haber acertado á complacer á Vd. ; en otra ocasion seré mas afortunada : yo suplico á Vd. que este no sea un motivo para que olvide el establecimiento, para lo cual me hará el gusto de admitir esta *adresse*. » Admirable contraste con el adusto : « si á Vd. no le acomoda déjelo, que no faltará quien lo lleve, » de esta nuestra dulcísima patria.

En cuanto á las ingeniosas invenciones para llamar la atencion, no puedo dispensarme de indicar algunas de las que mas sorprendieron á Tirabeque. Nos dirigimos por la calle de *Montmartre* al *Boulevard*, cuando al llegar al número 170, tienda de *Mr. Fanon*, cajero del Rey, vi á Pelegrin pararse, mirar, y soltar una carcajada de risa legitimamente transpirenaica ; miré yo tambien, y era un *mono* que detras de los cristales sentado estaba con un lente en una mano y un número de la *Cotidiana* en la otra en actitud de estar leyendo muy serio. Reímonos á duo, y pasámos al *Boulevard* del mismo nombre. Otra detencion y otra carcajada me anunciaron alguna otra novedad por el estilo. En efecto, en la tienda de *Monsieur Verreaux*, entre mil objetos de lujo y adorno, se veia una *gata* elegantemente vestida en ademan de escuchar con desdeñoso remilgo los amorosos requiebros de otro *mono*, que con un traje arreglado al modelo del último figurin, y mirando de soslayo con aire seductor á su amada coqueta, esperaba impaciente la respuesta de su Zapaquilla. — Señor, me decia Pelegrin, son muchas monadas las de estos franceses ; se conoce que en este país abundan bastante los monos.

Pasámos al *Boulevard Poissonnière*, y nos detuvimos ante un abundante almacén de muñequería. Habia muñecos de todas clases, trajes, gustos y tamaños. Por la parte exterior de los cristales hallábanse cuatro ó seis chiquillos mirando con mucha atencion los modelos de dentro, empinaditos algunos de ellos sobre las puntitas de los piés para alcanzar á ver mejor. — ¡ Cuán natural es esto, Pelegrin ! le dije á mi lego : si aun á nosotros que nos afeitamos cuarenta años hace, nos entretiene la vista de estos muñecos, ¿ qué hará á estos parvulitos que están viendo allá adentro sus efigies, por decirlo así ? — Así es la verdad, mi amo ; me da gusto ver lo entretenidos y embelesados que están los pobrecitos.

Mas acaeció que de allí á una hora volvimos á pasar por el mis-

mo sitio, y hallámos á los curiosos infantes en la misma actitud. Entónces Tirabeque se acercó á una de las niñas y le dijo : « hija mía, ¿no te cansas de estar tanto tiempo en la misma postura? » Pero ¡cuál fué su sorpresa, y cuál fué la mia tambien, al encontrarlos con que tanto aquella como los demas de la coleccion eran tambien muñecos y muñecas ni mas ni ménos que los de la parte interior! Nos hubiéramos avergonzado si no hubiésemos estado los dos solos. — Señor, bien me decia Vd., que en Francia todo era mentira.

Á pesar de esta prevencion, mas de una vez le sucedió al pasar por junto á algun almacen de peletería, retirarse de repente horrorizado á la vista de los tigres, leopardos, nutrias, gamuzas, chinchillas, martas, armiños y otros animalejos que empajados detras de las vidrieras tienen, en tan imponentes actitudes y con tal naturalidad presentados, que efectivamente asustan al pronto y parece que van á echar al que se acerque, la zarpa ó el comillo. — Pero hombre, ¿de qué te asustas? le decia yo; ¿no sabes ya que aquí todo es mentira? — Sí, señor, pero hay mentiras tan respetables, que bueno es verlas desde léjos, por si acaso son verdades. — ¿Con que es decir que te asustas de unas pieles? — Quiá, no señor; parece que me asusto, pero es mentira; en Paris todo es mentira.

Dijele el primer día que era menester que entrásemos á peinarnos en una de las peluquerías que encontramos en el Boulevard. Aquí, añadí señalando á una, aquí podemos entrar si te parece. — ¿Ahí donde hay dos señoritas detras de los cristales? — Ahí, sí. — ¡Alabado sea el divino señor, mi amo, y qué par de criaturas tan celestiales, tan blancas y tan bien formadas! Entremos aquí, señor, mas que nos cueste doble el peinarnos, y más que nos pelen al mismo tiempo y nos dejen sin pluma ni cañon, que todo se puede llevar con gusto con tal de recrearse un hombre la vista con un par de francesas tan gallardas. Y diga Vd. mi amo, ¿son ellas mismas acaso las que nos han de hacer los rizitos? Y como ya estuviésemos cerca de ellas, las saludó diciendo : « *bonjour, Mesdemoiselles : Mesdemoiselles, bonjour : à votre service, Mesdemoiselles.* » Señor, paréceme que tienen mucho barro las niñas, pues no se dignan contestarme siquiera. ¡El demonio de las peluquerillas!..... Porque sean guapas y tengan buenos talles, ¡ tanta vanidad! *Mesdemoiselles, j'ai l'honneur*..... ¡ Bruto de mí, mi amo! si son de cera ¿ cómo me habian de contestar? — Te está bien empleado por necio : ¿ no te acabo de decir que aquí todo es mentira?

No es maravilla que así se engañara Tirabeque, porque son tan acabados, tan completamente imitados al natural los modelos de cera que sirven de muestra en las peluquerías, ya representen jóvenes del bello sexo, ya niños ó mancebos del sexo fuerte, que puede asegurarse que los franceses han tocado en este punto el último grado de perfeccion.

De estos y otros cien mil ingeniosos medios tienen que valerse para llamar la atencion en un pueblo donde la misma abundancia de la novedad hace que ya nada llegue á hacer impresion.

Los anuncios.

Otro de los ramos en que los franceses han agotado ya todos los recursos de su fecunda imaginativa, es el de los *anuncios*, sea de publicaciones literarias, sea de establecimientos industriales, sea de invenciones nuevas, sea de empresas de trasportes, sea en fin de lo que quiera. No basta anunciar una cosa ciento y cincuenta dias seguidos en ciento cincuenta periódicos diarios que habrá en Paris; no basta fijar los anuncios en las esquinas de todas las calles; no basta que todas las paredes, y todas las puertas, y todas las fachadas, y todas las cornisas de todas las casas, y de todos los edificios de todas las calles y de todas las plazas, y todos los árboles de todos los paseos, estén atestados de rótulos, anuncios é inscripciones, y que cada calle parezca un Diario de Avisos, y que no se pueda fijar la vista ni á izquierda ni á derecha sin verse precisado á leer un catálogo de anuncios : esto es muy poco todavía, porque podrá alguno ir mirando hacia el cielo, y es menester al que en tal direccion mira, hacerle leer algo. Y en efecto, tiene que leer por fuerza, porque se estrella su vista con anuncios en las chimeneas y en los aleros de los tejados. Pero esto es muy poco todavía, porque podrá un hombre ir pensativo y meditabundo mirando hacia el suelo, y es necesario que allí lea algo tambien : y tiene que leer á fe mia, porque allí, en el sitio donde va á pisar, encontrará el nombre del dueño de la tienda de allado escrito en caracteres de bronce embutidos en la piedra ó en la argamasa de la acera, y no podrá escupir sin que caiga la escupitina sobre el nombre de algun fabricante; que los franceses se dejan escupir de buena gana con tal de despachar mejor sus mercancías.

Pero esto es poco todavía, porque podrá alguno ir tan distraído, que no fije la vista en ninguna parte, y es necesario sin embargo hacerle leer tambien, y lee sin remedio, porque va andando y